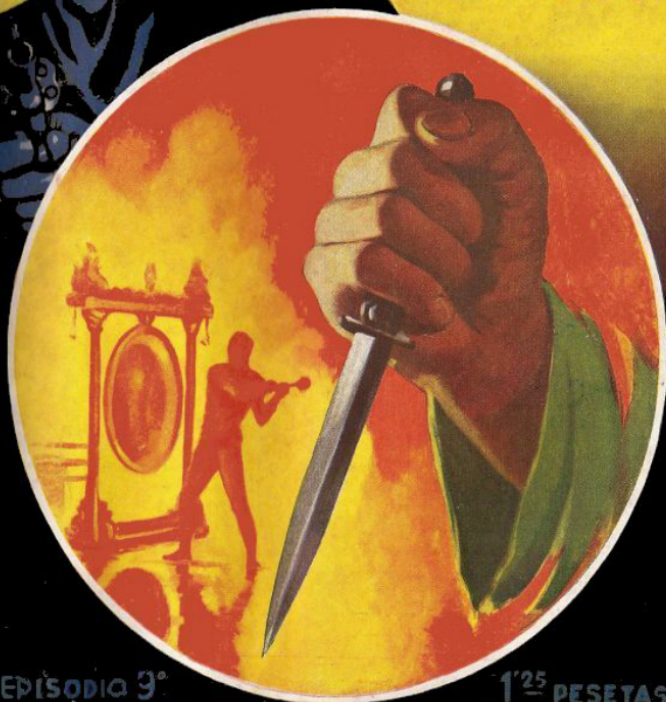
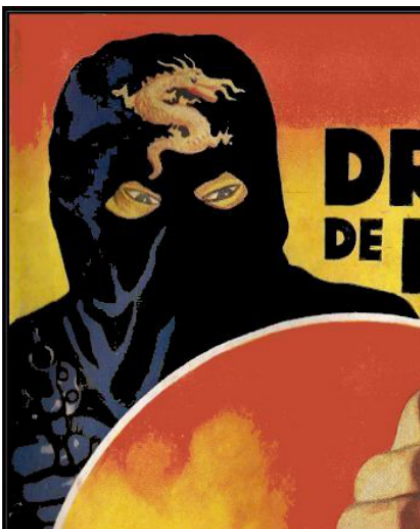


El **DRAGÓN DE FUEGO**



EPISODIO 3º

1²⁵ PESETAS

HUIDA TRAGICA

Fidel Prado Duque

Huida tragica

El dragon de fuego - 9





HUIDA TRAGICA

Capítulo primero

Un fantasma peligroso

EL GRAN Sacerdote Mogol dormía plácidamente en su duro petate. Sus facciones amarillentas, secas, parecían talladas en un trozo de cuarzo amarillo y solamente su respiración acusaba en él signos de vida.

La sombra arbitraria que había surgido misteriosamente del fondo del arcón se acercó como un fantasma al lecho y durante varios segundos quedó como helada sobre las duras losas de la

celda. Parecía que de un momento se iba a evaporar como había surgido, pues más daba la sensación de producto de una pesadilla que de un ser real y humano por deforme que fuera.

Después de aquel instante inmutable, la sombra se movió lentamente hasta afianzar con una mano breve y amarilla el gran jarrón de cobre que se erguía sobre la pequeña mesita de junco y acercándose de nuevo al durmiente, elevó el jarrón a la altura de su cabeza y, de súbito, sin transición alguna, lo dejó caer con fuerza sobre el pelado cráneo del mogol.

Éste, sorprendido en pleno sueño, lanzó un gemido angustioso de dolor y pretendió incorporarse en el lecho a pesar de la sangre que empezaba a brotar con fuerza de su frente, pero la sombra se lanzó sobre él y aferrándole por el cuello, le impuso una inmovilidad absoluta.

El fantasma se apresuró a introducir un gran pedazo de tela en la boca del sacerdote para evitar que lanzase algún grito de alarma que pusiese en conmoción a todo el monasterio y cuando aseguró el silencio, procedió a amarrar sólidamente al mogol con unos recios cordones que había extraído del arcón.

Ya seguro de que su enemigo estaba imposibilitado de todo movimiento, se dirigió a la tosca percha dónde colgaban las ropas, registrándolas ávidamente, hasta descubrir en ellas un extraño llavero, en el que se amontonaban hasta una docena de llaves de estructura caprichosa.

Las agitó suavemente con gesto de satisfacción y luego, levemente, se dirigió a la puerta, saliendo a la galería. Ésta aparecía completamente solitaria. La luz amarillenta y movable de unos largos hachones clavados en las pétreas paredes, alumbraban fantasmalmente el recinto y la sombra, agitando siniestramente su extraño ropaje, cerró la celda del Gran Sacerdote con una de las llaves substraídas y avanzó a lo largo de la galería, deteniéndose por un momento a la puerta de cada celda para correr el cerrojo de la parte exterior dejando prisioneros a sus ocupantes.

Cuando dió la vuelta a la galería alta y dejó incomunicadas más de cincuenta celdas, regresó al punto de partida y deslizándose por la escalerilla que conducía a la galería baja, abordó ésta.

Aquí, su maniobra tenía que ser más cauta. En el hueco de la

puerta que ponía en comunicación el claustro con el patio exterior, quedaba siempre un vigilante que era relevado de tres en tres horas por otro de sus compañeros de secta.

La sombra se pegó a la pared bañada en sombras y avanzó con sigilo, hasta alcanzar el ángulo que formaba la pared fronteriza de entrada con la lateral del lado derecho. Al parecer, su idea era la de seguir avanzando por el testero hasta alcanzar la puerta sin darse a ver del vigilante.

Por fin llegó junto a la jamba quedando inmóvil. El guardián, sentado sobre un taburete de madera, se había dejado vencer por el sueño.

A su lado, pendiente de un cable, brillaba a la incierta luz de los lejanos hachones, un gong de fino bronce que debía producir un sonido estridente y vibrante y recostado en la pared, aparecía el mazo de hierro rematado por una enorme bola.

El vigilante, un monje cuya capucha pendía de su espalda sirviéndole para recostar más mullidamente su cabeza sobre la dura piedra, tenía entre las manos un revólver que descansaba sobre sus rodillas.



se acercó como un fantasma al lecho y durante varios segundos...

El fantasma alargó la mano centímetro a centímetro para apoderarse del mazo y cuando por fin lo tuvo entre sus manos, avanzó unos pasos hasta colocarse frente al durmiente.

Luego, levantó el mortal instrumento, lo hizo girar hacia su espalda y con un golpe seco y brutal, lo dejó caer sañudamente sobre la pelada cabeza del chino.

Un gemido ahogado y un crujir de huesos rotos fue cuanto pudo captarse en el augusto silencio de la noche. El monje, herido brutalmente, se inclinó de lado para caer sobre las losas bañado en sangre y luego quedó inmóvil, sin dar señal alguna de vida.

El fantasma, satisfecho de su obra, recogió el mazo y avanzando más descuidado, pero tan silenciosamente como lo había hecho hasta aquel momento, dio vuelta a las galerías, realizando la misma operación de correr cerrojos.

Diez minutos después, cien celdas aparecían incomunicadas con el exterior y cien monjes que dormían confiados se encontraban en la imposibilidad de abandonar sus refugios para acudir en auxilio de su jefe si éste conseguía lanzar algún grito de alarma.

Cuando la sombra terminó su trabajo, en el que solamente había empleado menos de media hora desde que surgiera del arcón, regresó a la galería alta y abriendo de nuevo la celda de King, penetró en ella.

El Gran Sacerdote Mogol debía poseer un cráneo muy duro y el alma muy pegada a su esquelético cuerpo, porque cuando su agresor se enfrentó de nuevo con él, le halló retorciéndose en el lecho, pugnando en vano por librarse de las hábiles ligaduras que le tenían imposibilitado de levantarse.

La sombra, segura de su impunidad, arrojó sobre el arcón el extraño ropaje que le había servido para imitar a los fantasmas y a la débil luz del hachen, surgió la menuda y ágil silueta del chinito Kao.

Éste, sonriendo de modo expresivo, se acercó al lecho del Gran Sacerdote y le dijo:

—Es inútil que luches por librarte de tus ligaduras, cochino asqueroso, Kao sabe hacer bien las cosas y así te pasarías todo el resto de tu pringosa vida sin conseguir tu propósito.

Se acercó a él, le tomó del cuello con fuerza impropia de su

figura y poniéndole de pie, dijo:

—Te voy a quitar las ligaduras de los pies y vas a venir conmigo allá arriba, donde has dejado encerrados a mis amigos. Te advierto que es inútil que trates de hacer alguna jugarreta para pedir ayuda a tus monjes, porque éstos no podrán prestármela. Les he dejado encerrados a todos en sus celdas y he matado al vigilante. Si lo dudas, aquí tienes el mazo con que debería golpear el gong pidiendo auxilio al primer síntoma de alarma.

La silueta del Gran Sacerdote resultaba una cosa repugnante en paños menores y con la cabeza y el rostro ensangrentado y Kao, tomando un paño de los varios que había en el arcén, le limpió el rostro para que pudiese ver y le ató el paño a la cabeza para contener un tanto la salida de la sangre.

Luego, amenazándole con el mazo, le empujó, obligándole a abandonar la celda y salir a la galería.

Antes le había atado un cordón a la cintura sujetando con fuerza los extremos con la mano izquierda. No quería darle la oportunidad de que se le fugase, burlando así sus peligrosos y bien estudiados planes.

El mogol, imposibilitado de hablar con la mordaza que tapaba su boca, lanzó una terrible mirada de odio al chinito y empujado por éste, empezó a recorrer la galería. Sus ojillos fríos y sin expresión, se iban clavando en los cerrojos de las celdas al pasar, comprobando que su enemigo no le había mentido, pues todos estaban corridos.

Kao, suspicaz y avisado, se había colocado junto a él por la parte de las celdas para evitar que en cualquier momento pudiese descorrer algún cerrojo y solicitar ayuda, creándole un terrible peligro y así descendieron a la parte baja, alcanzando el patio.

Cruzaron éste y penetraron en el templo sombrío y escalofriante. La muy vaga luz que penetraba en el interior a través de la puerta, prestaba un ambiente misterioso y terrorífico a aquel lugar, en el que el colosal Buda que presidía las ceremonias, daba la sensación de un monstruo antediluviano sentado sobre su pedestal ciclópeo.

Kao, que daba muestras de conocer el Monasterio tan bien como sus monjes, empujó a mogol hacia la escalerilla de caracol que conducía a la explanada y con el mazo preparado para descargarlo

al menor síntoma de traición o fuga, ascendió tras él hasta alcanzar el rellano que seguía al término de la escalera.

Una ráfaga de aire helado azotó el rostro del chinito, el cual observó cómo su prisionero temblaba no sabía si de miedo o de frío también y tomando el manojo de llaves de que se había provisto, introdujo una en la cerradura y la hizo girar.

Luego, tomó uno de los apagados hachones que había empotrados en los machos de hierro de la pared y extrayendo la cajita de la yesca que guardaba en su pecho, le prendió fuego.

El hachón chisporroteó siniestramente esparciendo un penetrante olor a resina, y la llama roja y azulada, flameó reciamente azotada por las ráfagas heladas que bajaban de lo alto de la montaña.

Kao abrió la puerta y empujando al chino que se resistía a penetrar traspasó el vano alcanzando el estrecho cerco que corría alrededor del pozo.

El chino lanzó una ávida y penetrante mirada a las pértigas colgadas en vacío y dejó escapar un agudo grito de triunfo. A pesar del tiempo que se había visto obligado a perder hasta dar comienzo a su audaz y meditado plan, aún había conseguido llegar a tiempo de salvar a sus amigos a los que ya creía perdidos para siempre.

La actuación de Kao no tenía nada de extraña ni de sobrenatural. Era una cosa lógica y bien llevada a la que habían contribuido los monjes sin darse cuenta de ello. Cuando prescindiendo de él se ocuparon únicamente del profesor y de Regis, llevándoles al templo a presenciar sus ceremonias y más tarde a presenciar el suplicio de aquel desgraciado sectario, cuyos huesos yacían mondados en el fondo del pozo, el chinito libre de toda vigilancia y temiendo cualquier incidente imprevisto, se había dedicado a recorrer a su antojo el monasterio, fisgoneando por todas partes y enterándose de cuanto consideró útil para un caso imprevisto.

Así, cuando se vino a tierra la farsa y el profesor y su criado se vieron descubiertos, Kao, que había encontrado un hábito olvidado en una celda, se embutió en él y pudo pasar desapercibido a la minuciosa requisa que se verificó en el Monasterio para localizarle.

Luego, confundido con los monjes que siguieron al Gran

Sacerdote hasta la terraza, se enteró aunque superficialmente de la clase de castigo que les iba a ser aplicado y tomando una resolución heroica y descabellada, decidió hacer lo imposible para salvar a sus amigos.

Sólo existía para ello una posibilidad: sorprender al odioso mogol y obligarle a entregarle las llaves del encierro, sin las que nada podía intentar en su favor, y aprovechando una ocasión propicia, se deslizó en la abierta celda del Gran Sacerdote, procediendo a verificar un registro en busca de un sitio adecuado para esconderse. Poco era lo que se le ofrecía a la vista digno de ser aprovechado, pero aquel viejo y pesado arcón le brindó la solución y no vaciló un momento en aprovecharla.

Levantó la pesada tapa y expuesto a morir asfixiado, se ocultó entre el fárrago de vestiduras y ornamentos que allí se guardaban, pasando más de dos mortales horas sintiéndose morir por falta de aire.

Dos o tres veces se arriesgó a levantar algunos milímetros la tapa para aspirar un poco de aire puro, pero contuvo su impaciencia y esperó quizá más de lo justo a que el mogol se hubiese dormido para poder maniobrar impunemente y con posibilidades de éxito.

Si fracasaba, no solamente pondría su vida en peligro, sino que podía dar por perdida la de sus protectores, y el chinito, con esa calma estoica digna de su raza, supo contener su impaciencia y esperar.

Por fortuna todo le había salido magníficamente medido. Gracias a sus correrías por el monasterio y al estudio que había hecho de él y de sus costumbres, pudo no sólo sorprender y anular el terrible poder del Gran Sacerdote, sino inmovilizar durante el tiempo necesario a toda aquella legión de fanáticos que tenía a sus órdenes.

Ahora podía salvar tranquilamente a sus amigos y emprender con ellos la fuga dejando encerrados a los monjes. Si éstos tenían la suerte de que alguien llegase a tiempo de libertarlos, mejor para ellos, pero si no era así...

A Kao le importaba muy poco la vida de aquellos fanáticos servidores de «El dragón de fuego» y que desapareciesen de la tierra un centenar más de ellos nada importaba al mundo.

En cuanto a su cruel jefe, ya era otra cosa. Kao adivinaba los tormentos que debían estar pasando sus nobles amigos y se proponía hacerle pasar a él los mismos, pero multiplicados hasta lo infinito.

Así, cuando penetró con el hachón en el alto en el trágico recinto y descubrió las jaulas aún colgadas de las pértigas, lanzó un gutural alarido de alegría, que fue contestado por otros dos gritos roncos y estrangulados por la emoción...

* * *

Cuando el profesor y Regis, inhumanamente encerrados en aquellos terribles jaulones, vieron cerrarse la puerta de la explanada y quedaron sumidos en el silencio trágico de la noche, alumbrado siniestramente por la opaca luz de la luna, un estremecimiento de angustia infinita agitó sus cuerpos.

Hasta aquel momento habían alimentado una vaga esperarla de que algún acontecimiento fortuito pudiese evitarles el horror de una muerte como aquélla, pero ahora, esta débil esperanza se había desvanecido y el desfallecimiento se apoderaba de ellos.

Los dos jaulones, a una distancia de un metro el uno del otro, se balanceaban siniestramente en el vacío y el terror de verles caer en cualquier momento a aquel pozo, donde una docena de famélicos y hambrientos «deggs» esperaban ansiosamente su caída, erizaba sus cabellos y paralizaba su corazón.

Regis se torturaba en vano preguntándose qué podían hacer para evitar aquel final terrible, pero su cerebro, tan fecundo en ideas, parecía paralizado a toda acción de pensamiento.

Aprisionados por los bambúes, encogidos como simios en tan estrecha, cárcel, ni el consuelo de poder moverse con cierta holgura les estaba permitido y no tardando mucho, al tormento moral de pensar en la muerte se uniría el tormento físico de aquella postura.

El profesor, más flemático y acaso más resignado, fue el primero en atreverse a romper el ominoso silencio:

—¡Regis! —murmuró.

—Diga, profesor— contestó el criado rechinando los dientes con

furor salvaje.

—¿Qué habrá sido del pequeño Kao?

—No lo sé, señor. También yo he pensado en él como una última y desesperada esperanza, pero... ¿qué puede hacer una débil criatura en este terrible antro y rodeado de más de un centenar de terribles fieras humanas?

—Kao es listo, ingenioso e intrépido.

—Pero nuestras fuerzas físicas tienen un límite. Para él y para nosotros.

—Tienes razón; nada podrá hacer, aunque lo intente. Me alegraría que encontrase la forma de escapar. Me iría al Otro mundo más tranquilo de no saberme causa indirecta de su muerte prematura

—No lo conseguirá, profesor. Si no lo hemos logrado nosotros, más fuertes, más vivos y con más recursos...

—Es cierto. Estoy soñando... ¡Pobre muchacho!

—¡Y pobres de nosotros! Hemos emprendido una partida demasiado grande para nuestras fuerzas. Luchar con tantos miles de gusarapos como esto sí ha sido una locura.

—¡Ya te lo advertí yo!...

—Tiene usted razón. Yo tengo la culpa de...

—Calla y no disparates. La tenemos los dos por igual. No es caso de achacarnos mutuamente un fracaso que es de la fatalidad y no nuestro... Si pudiésemos intentar algo.

—¿El qué?... ¿Cómo salir de esta asquerosa jaula? Y aunque saliésemos... ¿Cómo volver al templo y romper ese cerco tan terrible?

—Dices bien, pero si pudiésemos evitar ser pasto de esos asquerosos animales, siempre tendríamos el consuelo de intentar algo y de morir, cuando menos, peleando.

Regís quedó un momento en silencio ponderando las frases de su jefe y tras una duda angustiosa, exclamó:

—No sé... si pudiera moverme, acaso fuera posible intentar algo.

—¿El qué?

—Tengo en el pecho las limas y la sierra de pelo. Limar o serrar estos bambúes y salir de la jaula...

—¿Y luego?

—Gatearía por la pértiga hasta alcanzar la explanada.

—¿Te olvidas que está impregnada de sebo y que te escurrirías y caerías al fondo?

—Es cierto... ¡Malditos monjes del demonio! Y sin embargo, algo hay que intentar. El día amanecerá pronto y cuando acudan esos feroces pajarracos carnívoros, nuestra posición va a ser más trágica. Si estamos perdidos, morir por intentar la salvación no es cosa de dudarlo.

—Dices bien, Regís. Intentemos tu plan y si fracasamos, será porque Dios lo ha dispuesto así.

Revolviéndose fieramente, pero procurando imprimir el menor vaivén posible a la pértiga por temor a que se rompiese precipitándoles en el vacío, hicieron toda clase de esfuerzos para poder llevar la mano al pecho y extraer de debajo de los petos de malla las débiles herramientas que podían servirles para su salvación.

Por fin, a costa de ímprobos trabajos, Regis fue el primero en conseguirlo y un ahogado grito de alegría brotó de su garganta.

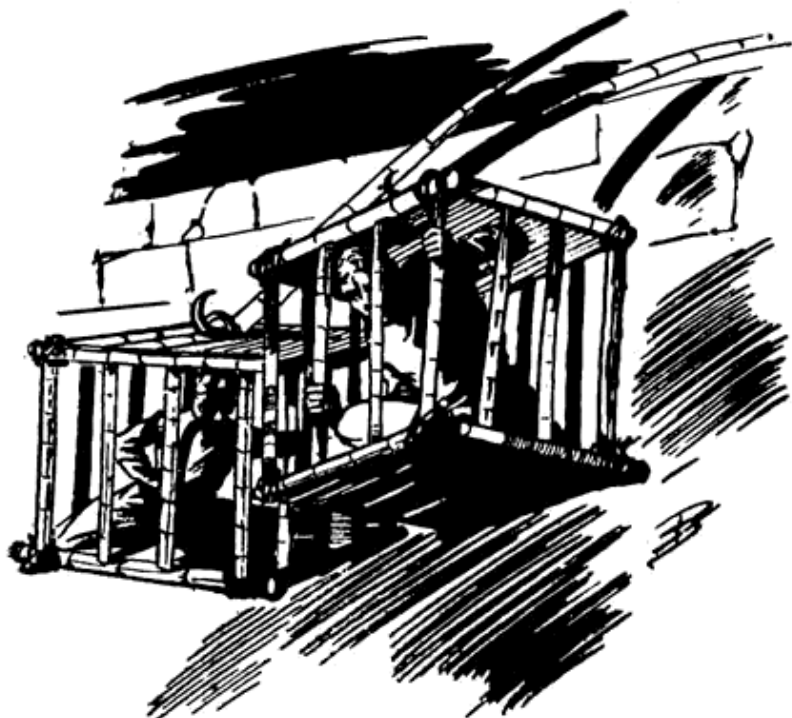
—¡Ya las tengo, profesor!

—Dichoso tú —replicó éste— yo aún no lo he logrado.

—No se desespere. Si consigo salir y salvar este obstáculo, nada me costará dar vuelta a su pértiga y dejarle a usted a salvo. Voy a ponerme al trabajo.

Animado de una gran fe en aquel descabellado plan, tomó la sierra y sudando horriblemente por la postura y el esfuerzo, atacó los primeros bambúes, procurando cortarlos de un solo lado para abrir un hueco por donde salir.

La sierra, débil pero resistente, empezó su obra demoledora y poco a poco fue eliminando barrotes que le permitieron maniobrar con más holgura.



Los dos jaulones, a una distancia de un metro del uno al otro...

A medida que conseguía su objeto, un terror violento se apoderaba de él. Pensaba en lo peligroso que era tratar de mantenerse en la horizontal pértiga toda untada de sebo y lo fácil que era escurrirse de ella y caer sobre las feroces mandíbulas de los «deggs».

Pero no había otra solución y tenía que arrostrar el peligro.

Por fin, dió cima a su agotadora tarea. El espacio abierto era lo suficientemente holgado para permitirle salir y ahora lo difícil era saltar a la pértiga y mantenerse sobre ella.

—¡Profesor! —exclamó con voz ronca—. Yo he terminado la primera parte. ¿Y usted, cómo va?

—Acabo de empezar— afirmó el profesor. —He eliminado dos barrotes.

—Creo que debía esperar a ver qué consigo. Si logro saltar al

otro lado, no tendrá que esforzarse más.

—Me es igual. Mientras hago esto, pienso menos en nuestra suerte. Haz lo que debas y que sea lo que Dios quiera.

Regis se disponía a asomar el cuerpo por el hueco para incorporarse y alcanzar la pértiga, cuando un ruido metálico vibró en el silencio de la noche y ambos prisioneros sintieron que sus cabellos se erizaban de espanto.

—¡Quieto! —murmuró Regis—. Debe ser alguien que viene a echar un vistazo para comprobar que aún permanecemos aquí. No se mueva a ver si logramos engañarlos.

Agazapándose en las jaulas esperaron con el corazón oprimido de angustia, hasta que por fin la puerta se abrió y hasta ellos llegó un ligero resplandor que les anunció que el visitante o visitantes venían provistos de luz.

—¡Maldición! —murmuró Regis—. Traen hachones. Con ellos van a descubrir lo que hemos hecho. Está visto que no lograremos evitar este trágico final.

Poco a poco, el resplandor fue aumentando a medida que el visitante ascendía por la pina escalera, hasta, que por fin vieron flamear el hachón azotado por las ráfagas heladas del cierzo de la noche.

Regis clavó sus ardientes ojos en la luz y se estremeció con violencia. A sus reflejos acababa de descubrir las siniestras facciones del Gran Sacerdote, pero algo llamó su atención de modo extraño. Su ropaje era, ridículo y demasiado libero para andar con él por aquellas alturas tan frías, no le veía las manos, que parecía llevar atadas a la espalda, y observaba en su horrible boca un bulto misterioso que la deformaba, como si le hubiese brotado en ella un tremendo divieso.

Extrañado, esperó hasta que detrás del sacerdote surgió una nueva figura. Ésta vestía el hábito corriente en los monjes, pero llevaba la capucha caída hacia la espalda y mostraba al descubierto sus facciones, que no aceptaba a captar debido a que permanecíais en la sombra que proyectaba el hachón al ser levantado en alto.

Pasó un angustioso minuto de silencio, hasta que el monje, después de mantener el hachón alzado para poder divisar mejor las jaulas, hizo descender la luz que iluminó plenamente su rostro.

Fue entonces cuando ambos prisioneros creyeron morir de exaltada alegría al descubrir las facciones de Kao.

Éste, embargado por la emoción, gritó roncamente:

—¡Profesor!... ¡Regis!...

—¡¡Kao...!! —rugieron al unísono el profesor y su fiel criado.

El chino, procurando no perder de vista a King, exclamó:

—¡No se muevan por Dios, que ahora mismo les salvaré!

De un empujón arrojó al Gran Sacerdote sobre las frías losas y volvió a ligarle los pies para que no se le escapara y luego, con toda la delicadeza posible, se izó sobre el parapeto y dominando sus nervios procedió a hacer girar las pértigas hasta dejar los horribles jaulones pendiendo a seguro sobre la estrecha plataforma que allí se encontraba.

Capítulo segundo

Ojo por ojo y diente por diente

CUANDO KAO vió salir de su jaula a Regis y lanzarse sobre él abrazándole con lágrimas en los ojos, se mostró asombradísimo preguntando:

—¿Cómo? ¿Honorable señor Regís había conseguido...?

—Sí..., mi honorable y bravo Kao; había limado esos malditos bambúes para intentar escapar, pero... saquemos antes al profesor, que debe estar baldado de la postura.

Entre los dos abrieron la denigrante jaula y la escena de emoción que se desarrolló entre los tres fue conmovedora.

Ambos prisioneros no se cansaban de abrazar al muchacho y colmarle de adjetivos encomiásticos que le ruborizaban, hasta que Regis, más práctico que sentimental, exclamó:

—Bien; no podemos perder tiempo. Tenemos que salir de esta horrible cárcel o corremos peligro de ser copados de nuevo; hay que obrar con rapidez.

Kao sonrió cómicamente diciendo:

—Honorable señor Regís puede tranquilizar nervios. Somos dueños absolutos del monasterio hasta que queramos.

—¿Qué dices? —preguntó el profesor extrañado.

—Sí. Monjes todos duermen encerrados en sus celdas. Ninguno puede escapar sin descorrer cerrojos y Kao corrió todos antes de venir.

Aquella noticia colmó la satisfacción del profesor y Regis. Éste se prometía tomar cumplida venganza del rato más trágico que le habían hecho pasar en su vida y ya barajaba hasta la idea de prender fuego al monasterio, achicharrando como a ratas a todos sus moradores. Más tranquilo por las manifestaciones del diminuto chino, exclamó:

—¿Por todos los santos del martirologio, querido Kao! ¿Quieres explicarnos cómo has conseguido tú solo lo que no hubiesen logrado cien hombres de arrestos?

—¡Oh, Kao aprender bien de sus profesores! Astucia vale más que fuerza.

Y con la rapidez que le fue posible relató su odisea desde que, haciendo caso omiso de él, le dejaron campar por sus respetos, hasta que consiguió llegar a la explanada con su odioso prisionero.

Regis, calmada su ansiedad, se volvió al mogol que le contemplaba con unos ojos que relucían como carbunclos, y exclamó:

—¿Has visto, sapo asqueroso, como un muchacho que apenas levanta tres pulgadas del suelo te ha dado lecciones de astucia y valentía? No vivirás mucho para recordar esta derrota y esta humillación, pero si vivieras, te serviría para amargarte esa cochina vida de lobo que guardas en el cuerpo.

El profesar, anhelando salir de allí cuanto antes, pues no se fiaba ya ni de su sombra, preguntó:

—¿Qué haremos con este sapo asqueroso?

—¿Cómo qué haremos? Ahora mismo lo va a ver usted. A mí no me deja nadie de pagar una deuda y siempre la abono en la misma moneda. Ayúdame, Kao.

El chinito se acercó y entre ambos levantaron en vilo el escuálido cuerpo del mogol.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó el profesor adivinando el vengativo plan de su criado.

—Pues muy sencillo. Colocarle en nuestro lugar.

—¡Pero eso es horrible! —murmuró Karus.

—¡Cállese, profesor! —rugió Regis enojado—. Es usted demasiada sentimental para tratar con estos tiburones. Acaba usted de salir de la tumba por su causa y ahora le produce remordimientos pagarle con la misma moneda. No me haga reír, profesor. ¡Vamos, Kao, ayúdame a meterle en esa preciosa jaula de su invención!

Entre ambos pelearon fieramente con el mogol para poder introducirle en ella. El Gran Sacerdote, sabedor del fin que le reservaban, luchaba con las fuerzas de la desesperación para escurrirse de la presión de sus enemigos y parecía una víbora con escamas dando coletazos. Por fin, consiguieron meterle dentro y tras cerrar la puerta con sus propios candados, pues las llaves las poseía Kao en su maravilloso llavero, dieron la vuelta a la pértiga, dejándola en posición horizontal sobre el inmundo y trágico pozo.

Una débil claridad empezaba a diluirse por el cielo, anuncio del cercano día, y cuando todo estuvo terminado Regis advirtió:

—No crea usted que voy a irme de aquí sin convencerme de que este bribón no hará más daño a la humanidad. Es demasiado peligroso para ofrecerle una leve posibilidad de salvación.

—¿También ensañamiento? —preguntó Karus aterrado.

—Y alevosía y lo que haga falta. No implore por él, que nada conseguirá en esta ocasión.

El profesor se resignó. Se daba cuenta de la razón que asistía a su fiel criado y no se sentía con fuerza para oponerse a sus siniestros planes.

Regis esperó a que la luz fuese adquiriendo intensidad y cuando se veía lo suficiente para poner en práctica su proyecto, se dirigió a la pared, extrajo de uno de los protegidos recipientes clavados en ella un enorme trozo de carne y arrojándolo al pozo gritó:

—¡Tomad, fieras repugnantes, para que se os abra el apetito!

Un coro de espeluznantes rugidos fue la contestación que brotó del pozo y pronto llegó a sus oídos la fiera pelea de las alimañas por el pedazo de carne.

Regis, duro como la piedra, se asomó al vacío para contemplar la terrible jauría que había estado a punto de devorarlo y se gozaba en su contemplación, cuando varias sombras cruzaron el cielo

proyectándose sobre el enlosado.

Los tres alzaron la cabeza y descubrieron una bandada de aves carniceras que acudía con presteza al rugir de los «deggs». Estaban acostumbradas a conocer por sus rugidos la proximidad de una presa y no dejaban de acudir con puntualidad a la llamada.

Pronto empezaron a revolear en torno al jaulón, buscando la forma de introducir su agudo y potente pico por entre los barrotes y a medida que se sentían más osadas y bajaban con más saña, el profesor, incapaz de resistir aquel espectáculo, suplicó:

—¡Vámonos, Regis! Vámonos... Bien está que hayas llevado a feliz término tu venganza, pero no te muestres tan cruel recreándote en su contemplación.

—¿Sí? ¿Qué diría si fuese usted el que ahora estuviese en esa maldita jaula de no intervenir tan bravamente Kao? Váyase si quiere, pero yo no me moveré de aquí hasta no ver a este reptil amarillo devorado por sus propios verdugos.

El profesor tomó del brazo al chinito y descendió lentamente la escalera, mientras Regis, con los ojos brillantes y los labios contraídos, tenía la mirada fija en la jaula.

Los pajarracos, cada vez más agresivos, revoloteaban furiosos en torno a ella, posándose con nerviosismo en la frágil pértiga o introduciendo el pico por entre los delgados barrotes.

El mogul rugía de desesperación tratando de evitar los feroces picotazos y a cada movimiento la pértiga flexionaba peligrosamente, amenazando con caer al fondo del pozo.

El instante siniestro llegó. Una terrible pelea entre los pajarracos lanzó a éstos en turbulento montón sobre el frágil sostén. Éste se quebró al choque y la jaula se hundió vertiginosamente, seguida de un impresionante aullido de espanto del prisionero.

Luego se sintieron escalofrantes ladridos, rugidos de rabia y de pelea, crujir de cañas al quebrarse entre los agudos dientes de los «deggs» y poco más tarde solamente los gruñidos de satisfacción de los que se habían repartido la presa.

Regis se secó el sudor que inundaba su frente y con la cabeza baja murmuró:

—Que Dios me perdone si es que me estoy volviendo demasiado cruel, pero esa bestia inmundada no merecía más castigo que el que

nos brindaban sus propias armas, jamás me he ensañado con un enemigo noble, pero con tipos así llegaré hasta donde ellos sean capaces de llegar.

Descendió lentamente por la escalerilla y fue a reunirse con el profesor y Kao. El primero no tuvo necesidad de preguntar nada. Le bastó mirarle a los ojos y contemplar su rostro para comprender que la tragedia se había consumado.

Karus alcanzó el primero la salida a la galería baja y deteniéndose ante ella preguntó:

—¿Qué hacemos ahora? Hay que estudiar un plan rápido y lo más seguro posible. Cada vez estamos más metidos en un círculo de hierro y mucho me temo que cada paso que demos sea un constante peligro.

—Es cierto; pero... después de haber pasado tantos y tan terribles, no es cosa de retroceder. Vamos a la celda de ese chacal a ver qué hay allí y luego estudiaremos lo que hemos de hacer.

Acababa de amanecer y aún los monjes no habían dado señales de vida, pero no tardando mucho tratarían de abandonar sus celdas y al darse cuenta de su encierro armarían un pandemónium de gritos y golpes capaces de poner en conmoción toda China.

Silenciosamente atravesaron el patio alcanzando la celda del mogol, donde, salvo las señales de sangre en el lecho, no se notaban vestigios de lo que allí había acontecido.

Regis echó un vistazo superficial al estrecho recinto y luego pasó a la contra celda que se abría detrás del dormitorio, pero nada importante descubrió en su examen superficial.

—¿Qué buscas, Regis? —preguntó el profesor

—Algún arma. Si hemos de huir necesitamos con que defendernos y víveres.

Kao se apresuró a intervenir manifestando:

—Yo sé dónde está la despensa. Allí hay de todo para poder llevar. En cuanto a las armas, no sé dónde las tendrán, pues he descubierto algunas celdas cerradas con llave en una galería transversal, cerca de las cocinas, pero un revólver, cuando menos, sí sé dónde lo hay.

—¿Dónde?

—Lo tenía el vigilante a quien despaché con este mazo. No

pensé en recogerlo con las prisas...

Regis decidido abandonó la celda y salió al patio seguido de Kao, con el cual llegó hasta la puerta donde el vigilante yacía muerto o privado de sentido.

El criado recogió el revólver, así como un paquete de cápsulas que el caído guardaba en sus ropas, y dirigiéndose al chinito ordenó:

—Ayúdame a retirar de aquí esta carroña. No se sabe lo que puede pasar y bueno es no ir dejando señales tan visibles a nuestro paso.

Le arrastraron como un fardo hasta una pequeña celda desierta en la galería que conducía a las cocinas, y Kao, con el hábito del caído, borró las señales de sangre. Luego, siguió a Regis hasta la despensa, donde encontraron un buen surtido de viandas donde elegir.

El criado tomó unos grandes trozos de cecina ahumada y con ellos se trasladó a la celda del Gran Sacerdote, donde los tres se dedicaron a devorarla con feroz apetito.

Satisfecha su hambre, se disponían a verificar un registro para preparar la huida, cuando el gong de entrada al Monasterio vibró intensamente y los tres se miraron con espanto al oír la llamada.

—¡Maldición! —rugió Regis—. La llamada no puede ser más inoportuna... ¿Qué hacemos?

—Cualquiera sabe cómo acertar. A lo mejor, no abriendo creamos sospechas y dentro de poco está esto rodeado de sectarios, y si abrimos nos exponemos a meter al enemigo en nuestra propia ratonera.

Regis tomó una rapidísima decisión y echando a correr bajó al patio, cruzó el vestíbulo de la escalerilla que daba al jardín y se dirigió a la pesada puerta de entrada, abriendo prudentemente el ventanillo y echando una ojeada a través de él.

Por la estrecha abertura descubrió media docena de individuos. Aparecían sentados sobre sendas mulas y tenían el traje lleno de polvo y vestían unos extraños hábitos pardos con ribetes blancos, que les denunciaba como monjes de algún monasterio lejano.

Regis hizo una seña desesperada a Kao que estaba a su lado empuñando el revólver que había sustraído al vigilante, y le dijo al

oído:

—Tú que hablas chino, pregúntales qué quieren.

Kao substituyó a Regis en el ventanillo preguntando:

—¿Qué desean los caminantes de este humilde monasterio?

—Pertenece al de Lancheu y traemos un mensaje especial para vuestro Gran Sacerdote.

Regis se estremeció al oírle. El mensaje procedía del sitio donde Wang-Cheng estaba esperándoles prisioneros y sería muy interesante conocer su contenido.

Se acercó a Kao sin que pudiera ser visto a través del estrecho ventanillo y murmuró a su oído:

—Diles que esperen unos minutos hasta que avises a Kung. Di que está haciendo su oración matinal y que hasta que no la termine y puedas darle cuenta de su visita no podrás abrirles, pues tiene él las llaves.

Kao cumplió lo ordenado y tras cerrar la mirilla se retiró silenciosamente en unión de Regis.

Éste corrió a la celda a dar cuenta de lo que sucedía al profesor:

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Karus.

—Mucho. Nos interesa ese mensaje y despistar a esos malditos monjes para que no entorpezcan nuestra huida. Pronto; vístase con las ropas de King y salga a recibirles como si fuese el Gran Sacerdote. Nosotros iremos con usted por si sucede algo.

—¿Y si sospechan?

—¿Qué van a sospechar? Si dieran alguna muestra de comprender el engaño, acabaríamos con ellos enseguida. Son solamente seis y con el revólver y el mazo nos sobraría para ponerles fuera de combate.

—Expuesto me parece el plan, pero algo hay que intentar para conjurar el peligro. Ayúdame a vestirme.

Karus se embutió en las ricas vestiduras del Gran Sacerdote y seguido de sus dos fieles, que vestían el hábito del monasterio, con la capucha echada sobre el rostro, se dispusieron a recibir a los huéspedes.

Capítulo tercero

De un peligro a otro mayor

REGÍS llevaba bien oculto el revólver y Kao el mazo de golpear el gong. En cuanto a Karus, había escondido debajo del hábito él fino puñal que guardaba en su peto de malla y que resultaba un arma muy peligrosa manejada por manos decididas.

Las llaves de la entrada al patio las había hallado Kao atadas a la cintura del vigilante muerto y con ellas abrió la pesada puerta, acompañado de Regis, mientras el profesor, con los brazos cruzados y la pelada cabeza inclinada sobre el pecho, esperaba, en actitud humilde, en el escalón más alto de la gradería que conducía al patio del Monasterio.

Cuando giró la bronceada hoja y los monjes penetraron en el jardín, Kao les indicó que dejaran allí las pequeñas pero resistentes mulas y colocándose hábilmente a los lados de los recién llegados, avanzaron hasta donde Karus esperaba lleno de impaciencia el final de aquel nuevo conflicto.

El que parecía mandar la pequeña expedición se adelantó resuelto, se postró de rodillas en uno de los escalones de la grada, tomó el sayal del profesor y después de besarlo, exclamó:

—Que «Felo» te conceda eternamente la gracia de su sal y «Fo» te toque con su divino cetro para que te sean concedidos los rangos

y honores que te corresponden en esta vida, mientras « Kuan-Ti

» se aleje de tu lado con su rayo de guerra. Yo, humilde «gesi» del Monasterio de Lancheu, donde mora incidentalmente nuestro supremo dueño y señor, te saludo en su nombre y te deseo todos los bienes imaginables en esta tierra y en el Paraíso de Buda.

Regis se sintió inquieto ante las exuberantes frases de elogio del monje. Era indudable que a ellas debía corresponder una contestación análoga, pero no estaba muy seguro de que su jefe poseyese conocimientos mitológicos chinos tan profundos como para epatar al monje con una réplica adecuada, propia del elevado cargo que estaba usufructuando.

Pero con gran asombro y regocijo interno del criado, Karus extendió sus manos señalando al monje y contestó:

—Que «Armitabha», nuestro cuarto Buda te inciense a ti y a nuestro jefe con la esencia de las flores con que se le ofrenda; que «Tchauresi», su hijo, derrame sobre todos nosotros su compasión y su mirada piadosa, y que «Badava», «Haya-Ciras» y «Hava-Griva», ahuyenten de nosotros los genios malos y protejan por los siglos de los siglos al grande y omnipotente Wang-Cheng, amo y señor de nuestras vidas y de nuestros cuerpos. Se bienvenido a este humilde monasterio y dime qué desea de este inmundo gusano nuestro magnífico y honorable Jefe.

Regís miraba asombrado a su amo sin poder ocultar la admiración que sus palabras le estaban causando. Había soltado de carrerilla una serie de nombres exóticos a sus oídos, pero que debían sonar de modo familiar en los del monje, porque éste, a cada citación, inclinaba la cabeza hasta los escalones y Regis estaba viendo que en una de aquellas inclinaciones se dejaba los sesos sobre el borde del escalón más próximo a él.

Cuando terminaron las invocaciones, el monje se irguió y mostrando un sobre con unos sellos rojos en los que podía apreciarse el dragón en su fiera actitud de desafío, exclamó solemnemente:

—Gran Sacerdote, aquí traigo para ti este mensaje del que todo lo puede entre nosotros. Léelo y dame una contestación a lo que en él te dicen.

Karus con pulso firme tomó el sobre rasgando los sellos, y durante varios minutos reinó un silencio ominoso en la escalinata.

El profesor leía y nadie osaba moverse para no distraerle de su reconcentrada labor.

El mensaje, firmado por Wang-Cheng, decía así:

«Al Gran Sacerdote del Monasterio de Chenlan.

Hace algunos días debió llegar a mis manos un mensaje del Gran Sacerdote del Monasterio de Liangcheu, que aún no he recibido. Los portadores han debido recalar en tus dominios de paso para Lancheu. Te ordeno me digas por medio de los portadores si han arribado ahí o si sabes algo de ellos. Ten en cuenta que dos odiosos extranjeros andan por la comarca perseguidos por nuestros compañeros de secta para capturarlos y traerlos a mi presencia y que podían haber interceptado ¡el mensaje.

Comunícame lo que sepas, y caso de no tener noticias destaca rápidamente dos monjes de absoluta confianza a Liangcheu para que averigüen qué sucede allí.

Que Buda conserve tu salud largos años.

«El dragón de fuego»

Karus quedó un momento ponderando el contenido del mensaje. No sabía si decir que no había recibido noticia alguna de los monjes, o si inventar algún cuento que le permitiese ganar tiempo.

Por fin se decidió. No le estaba permitido enviar la contestación de palabra porque eso no era usual y levantaría sospechas y en cuanto a escribir, su dominio de la escritura china era bastante

empírico para poder hacerlo sin descubrir al punto la añagaza.

Su plan consistía en invitar a los monjes a penetrar en su celda y dejarles encerrados en ella mientras ellos huían más que deprisa de aquel nido de alacranes.

Hizo un ademán con la mano indicando que pasasen y exclamó:

—Pasad a mi celda y os daré la contestación. Debéis estar muy cansados del viaje y os convendrá reposar un poco.

El que parecía mandar la tara vana asintió y todos se dirigieron al patio camino de la celda.

Karus, colocándose a un lado, hizo señas expresivas a Regis, el cual adivinó más que comprendió su plan y acercando la boca al oído de Kao le dijo:

—Prepara tu mazo por si hay que acariciar alguna cabeza mondada de éstas. Nuestro jefe debe tener algún plan urdido para deshacerse de ellos.

Cuando llegaban al patio y se disponían a entrar en la galería, un ruido sordo como el golpeteo de recios tambores de madera se dejó oír a todo lo largo de las galerías y tanto el profesor como Regis y el chinito quedaron sorprendidos y aterrados al darse cuenta de donde procedía aquel ruido insólito.

Los monjes, al llegar su hora de abandonar las celdas, se habían encontrado encerrados en ellas y golpeaban furiosos en las puertas, extrañados de aquel encierro insospechado.

Karus apretó el agudo puñal entre sus crispados dedos por debajo del hábito, y sus compañeros le imitaron, pero el profesor, recobrando el primero el aplomo y clavando sus agudos ojos en los visitantes que miraban extrañados a un lado y a otro, exclamó:

—No se preocupen. Son mis monjes a los que he castigado anoche por un acto de negligencia que ha podido costar muy cara a nuestra secta. Los tengo a dieta durante dos días, y para que no me molesten les he dejado encerrados en las celdas.

El que debía mandar al grupo vaciló un momento, pero convencido al parecer por las razones de Karus, se encogió de hombros y continuó avanzando.

—Cuando quieras, Gran Sacerdote —dijo—. Ésos son tus siervos y tienes derecho a disponer hasta de sus vidas si lo merecen.

Continuaron por la galería, pero al cruzar cerca de las celdas de

aquel lado, los golpes e increpaciones se vieron mezclados con gritos alarmantes, que acabaron de empeorar la situación de los tres aventureros.

Un monje, con su vozarrón tremendo, que había pegado a la mirilla uno de sus ojos oblicuos y fríos, descubrió al cruzar, ante la puerta la silueta de Karus, y como un energúmeno empezó a gritar:

—¡Traición!... ¡Traición! ¡Han suplantado a nuestro Gran Sacerdote!... ¡Ése es uno de los viles extranjeros que teníamos encerrados!

Aquella acusación produjo el revuelo más trágico. El que capitaneaba el grupo, sospechando algo anómalo, quiso cerciorarse de la verdad, y levantando rápidamente la mano derecha, trazó con los dedos un signo en el vacío, que debía ser indudablemente alguna señal secreta de reconocimiento.

Karus captó el gesto mientras se disponía a sacar el puñal, pero no pudo contestar adecuadamente al gesto, y el individuo, ya plenamente convencido del engaño, saltó como un tigre sobre el profesor, rugiendo:

—¡A ellos!... ¡Mueran los asquerosos usurpadores!

Karus, atacado de improviso, retrocedió por efecto del golpe, pero antes de que su enemigo tuviese tiempo a atenazarle por el cuello, como era su intención, Regis cayó sobre él, descargándole un terrible golpe en el cráneo con la culata del revólver.

—¡Tú sí que eres un asqueroso sapo! Toma, rata amarilla; para que aprendas.

Pero ya los otros cinco monjes habían tomado parte en la lucha, y mientras dos trataban de atenazar a Kao, los otros tres se lanzaron sobre Regis y el profesor, entablándose una lucha feroz.

Kao pudo evitar el ser atrapado y corrió a ponerse junto a sus compañeros, para formar una muralla contra los atacantes, los cuales, peleando cuerpo a cuerpo, daban y recibían puñetazos brutales.

Regis no tenía ocasión de volver el arma para empuñarla por la culata y disparar, y tenía que contentarse con descargar golpes con el hierro de la empuñadura, golpes que sonaban como cañas huecas, pero aquellos demonios debían tener la cabeza de acero, porque ni caían ni se rendían.

De repente, uno se separó del grupo, y echando a correr por la galería, se dedicó febrilmente a descorrer cerrojos, gritando como una rata para que los monjes acudiesen a prestarles auxilio.

Pronto empezaron a surgir hábitos negros, chillando agudamente, mientras corrían en dirección al grupo de peleadores, y Karus, que había logrado herir a uno con su puñal, palideció al darse cuenta del horrible peligro que corrían, gritó en inglés a Regis:

—¡Han abierto las celdas!... ¡Estamos perdidos!



Los otros cinco monjes habían tomado parte en la batalla...

En la lucha, habían retrocedido hasta cerca de la celda del Gran Sacerdote, y el bravo criado, comprendiendo que el único refugio momentáneo que tenían era alcanzarla y encerrarse en ella, gritó a sus amigos:

—¡A la celda de King, pronto! ¡Déjenme a mí para que barra a estos sapos biliosos!

Kao y Karus retrocedieron, introduciéndose en la celda, mientras Regis, lanzando su poderosa humanidad sobre los cuatro atacantes que le rodeaban, los hizo rodar por el suelo como peleles.

Aprovechando el momento de su caída, dio un salto fantástico y alcanzó el interior de la celda, apresurándose en unión de Karus a echar sobre la hoja todo el peso de sus cuerpos, mientras Kao conseguía dar vuelta a la llave.

Cuando se vieron momentáneamente a salvo, respiraron con fruición, secando el sudor que perlaba sus rostros.

—Bien— clamó Regis furioso. —Ya estamos, otra vez en el principio del fin. Nos hemos salvado de un ataque inmediato, pero nos hemos metido en una ratonera de la que dificulto que podamos salir.

Los monjes, que se habían ido reuniendo poco a poco ante la celda, golpeaban ésta con furor, pero la recia hoja que la cerraba burlaba sus esfuerzos para violarla.

—No tardarán mucho en echarla abajo— afirmó el profesor. —Aunque es fuerte, va encontrarán algo con qué desencajarla.

—Hagamos una barricada con todo lo que hay aquí. Esto retrasará su intento.

—No hay mucho, pero...

Lo primero que colocaron fue el pesado arcón. Regis, curioso, le echó un vistazo para ver lo que contenía, descubriendo ropajes propios del culto budista y vestiduras que debían pertenecer al Gran Sacerdote.

El lecho, las mesillas, la pequeña biblioteca, todo fue amontonado detrás de la puerta, y luego pasaron a la celda posterior a verificar una requisa de muebles que usar para su propósito.

Esta celda, también tallada en la piedra, estaba revestida por algunos rancios y, al parecer, valiosos tapices, que quitaban un tanto la impresión de frialdad que reinaba en ella. Como mueblaje, sólo encontraron otro estante con libros muy antiguos, forrados en pergamino, una mesa escritorio, otro pequeño arcón de roble y algunas sillas de mimbre.

Todo fue trasladado a la barricada, pero nada de aquello podía retrasar mucho el ataque contra la fortaleza.

Karus y Regis se dedicaron a estudiar la situación, en tanto que Kao, como si nada fuese con él, empezó a registrar por los rincones, examinando los tapices y tanteando el suelo de la celda como si buscase algo determinado.

—Mala suerte tenemos, Regis— declaró Karus— cuando ya parecía que el horizonte estaba aclarado, un nimio incidente ha venido a colocarnos de nuevo de cara al peligro... ¡y qué peligro! Más de cien lobos contra nosotros.

—Es verdad, la suerte parece estar jugando con nosotros al escondite. Por más que doy vueltas al caso, no encuentro forma de romper el cerco y salir de esta ratonera.

—Que no tardará en ser abierta... Escucha los porrazos que dan sobre la puerta. Deben estar empleando vigas de hierro para hundirla.

Regis se paseaba como un león enjaulado por la estrecha celda, mientras Kao, como un lagarto amarillo, se pegaba a las paredes, movía los tapices, tocaba las juntas de las piedras y no estaba quieto un momento.

El profesor no pudo por menos que darse cuenta de su actitud y preguntó:

—¿Qué buscas, Kao?

—Nada fijo, honorable profesor... Kao piensa que todos estos lugares son como trampas. Muchos secretos, muchas salidas...

—¿Tú crees que aquí también puede haber alguna? Sería algo ideal que no creo esté a nuestro alcance...

—Celda de Gran Sacerdote es la más importante— aseguró el chinito. —Si hay salida secreta, sólo aquí puede haber.

Esperanzados con la idea sugerida por Kao, los tres se dedicaron a revisar minuciosamente la celda. No confiaban en poseer la suerte de encontrar lo que buscaban, pero algo tenían que intentar, aunque fuese descabellado. Pero la cosa no parecía tan fácil. Las paredes de piedra maciza no presentaban nada anormal que sirviese para indicar un agujero de escape y los botones ocultos, las ensambladuras disimuladas, las jambas equívocas, no brillaban allí por su ausencia.

Tras un rápido examen, Regis renunció a hallar nada interesante. Su atención estaba reconcentrada en los ruidos que

llegaban a él desde la puerta, y con el revólver empuñado esperaba el momento angustioso de que la entrada fuese forzada y apareciesen a su vista aquellos demonios de monjes, para disparar sobre ellos con furia hasta agotar sus municiones.

Mientras el profesor, de pie en el centro de la estancia, seguía con interés las investigaciones del chinito y estudiaba las paredes de las que habían sido arrancados los tapices.

Enormes piedras de sillería formaban el bloque y la estructura de ellas, le decía que de existir una trampa de salida, sólo podía hallarse en el movimiento bascular de alguno de aquellos pesados cuadriláteros de piedra. Con esta opinión formada, se dedicó a empujar sólidamente sillar por sillar, unas veces buscando sus giros de dentro a fuera, en sentido horizontal, y otras de manera vertical, pues si algún bloque se había colocado descansando sobre un espigón, debía girar la mitad hacia adentro, mientras la otra mitad lo haría en sentido contrario.

Súbitamente lanzó una exclamación. Uno de los bloques parecía ceder o moverse, aunque de modo insignificante, y Karus, excitado por el descubrimiento, llamó la atención de Regis.

—Ven aquí, Regis —ordenó— ayúdame a empujar este sillar hacia adentro. Juraría que se ha movido un poco.

El criado apoyó su potente hombro en la piedra, e hizo presión, pero aunque observó la misma sensación de movimiento en él, fue tan insignificante, que estuvo pensando si todo no habría resultado una ilusión de sus sentidos. Pero tozudo y decidido a agotar todas las posibilidades, siguió empujando hasta saltársele casi las venas por el esfuerzo, sin ningún resultado práctico.

Iba a renunciar a su empeño, cuando se quedó observando la piedra. Ésta, hendida en el centro por una ranura que formaba el adorno de separación para dar uniformidad y medida a los bloques, poseía dos cuerpos; el de la derecha de la ranura y el de la izquierda, y él se había obstinado en llover el de la izquierda únicamente.

Se inclinó a un lado y concentró sus esfuerzos en la de la derecha. Apenas había clavado el hombro en ella, giró silenciosamente hacia adentro, mientras el bloque contrario en el que empujara anteriormente salía hacia la celda.

—¡Claro! —exclamó loco de júbilo—. Estábamos empujando en sentido contrario.

El estrecho paso que se mostraba a sus ojos, no tendría una medida mayor de medio metro o poco más alto, por una anchura algo superior, pero era lo suficientemente holgada para introducirse por ella arrastrándose como los lagartos.

Regis fue el primero en penetrar, con el revólver preparado por temor a una emboscada, y apenas traspasó el hueco, pudo incorporarse, pues la pared cortaba al otro lado la entrada a una galería abovedada, de una altura superior a la de un hombre.

La galería estaba sumida en tinieblas, y regresando a la celda tomó uno de los hachones y lo encendió con el yesquero, pasando al otro lado de nuevo, al tiempo que suplicaba;

—¡Por Dios, dense prisa y entren! Estoy sintiendo como echan la puerta abajo.

Karus y el chinito se apresuraron a entrar, e inmediatamente corrieron la piedra, dejándola como la habían encontrado.

—¿Tú crees que no encontrarán la trampa igual que la hemos encontrado nosotros? —preguntó el profesor.

—Seguramente, pero si esto es una salida de escape, cuando lo logren, nosotros estaremos ya lejos. Vemos.

Guiando a sus amigos, Regis, con el hachón en la mano izquierda y el revólver en la derecha, avanzó por la galería que seguía un plano recto, aunque formando curva, como si tratase de rodear algún obstáculo natural que le impidiese seguir una línea derecha.

Durante más de cinco minutos, siguieron la galería, preguntándose, mentalmente dónde les conduciría. No les importaba su largura, si al final moría en algún lugar viable para dejar a su espalda el maldito monasterio.

Por fin, aquel estrecho paso quedó cortado bruscamente por una escalerilla de altos y toscos tramos, que se hundía en la tierra, y cada vez más intrigados, descendieron por ella hasta alcanzar una amplia estancia de más de veinte metros de anchura, aunque no muy alta de techo.

Regis avanzó con el hachón en la mano, y todos quedaron sorprendidos al descubrir que se encontraban en una especie de

laboratorio de ensayo, donde entre alambiques, retortas, instrumentos médicos de precisión y otros aparatos, se distinguían varios esqueletos colgados de alambres, que debieron servir, Dios sabía, para terribles experimentos de ciencia y tortura.

Capítulo cuarto

Al borde del abismo

—¿UÉ diablos es esto? —preguntó Regis asombrado.

El profesor satisfizo su curiosidad, diciendo:

—Esto es un laboratorio.

—¡Qué extraño! Yo creí que estas ratas ictéricas sólo se ocupaban de sus absurdas oraciones y de hacer mal al prójimo.

—A pesar de eso, muchos de ellos son grandes sabios. Puedo asegurarte que la mayoría de los secretos y adelantos científicos del mundo, vienen a parar a estos monasterios, y a veces son mejorados y ampliados por los monjes, aunque luego no los apliquen en bien de la humanidad.

—¿Y estos esqueletos?

—Si pudieran hablar, acaso te contarían algo monstruoso. Los monjes no reparan en los medios para llevar adelante sus experimentos. Si necesitan un hombre para una vivisección, no vacilan en emplear un hombre como si se tratase de un conejo de indias.

Regis, con el hachón en alto, pasaba revista al laboratorio. A él no le importaban los experimentos científicos, sino encontrar una salida para escapar de las garras de los furibundos monjes negros.

A su derecha, descubrió una pequeña puerta que abrió sin

dificultad. Al bajar la luz para examinar su contenido, lanzó una exclamación de alegre sorpresa:

—¡Armas! —afirmó—. ¡Qué magnífico hallazgo!

Sus compañeros se apresuraron a penetrar en el pequeño recinto, descubriendo varios rifles y revólveres colgados de unas extrañas panoplias. Regis se apresuró a tomar varios magníficos revólveres que examinó con aire entendido.

—Bien, esto es otra cosa— murmuró— ahora podemos hacer frente a esos demonios si se atreven a venir pisándonos los talones.

Los revólveres estaban descargados, pero en un pequeño armario, primorosamente tallado en jade, descubrió diversas cajas conteniendo municiones.

Se llenó los bolsillos, entregando bastante cantidad a sus compañeros, pero el profesor, previsor, advirtió:

—Hay que hacer un esfuerzo y llevárnoslas todas. Si nos persiguiesen con estas armas, les sería más fácil darnos caza.

Siguiendo el prudente consejo, cargaron con las municiones, demasiado pesadas para moverse con agilidad, pero, más tarde, se desharían de tanto lastre, quedándose con lo más preciso.

Antes de abandonar la estancia, el sagaz criado descubrió varios rollos de resistentes cuerdas en un rincón, y tomando tres de las más largas advirtió:

—Líense eso a la cintura. Ya en otra ocasión nos salvaron la vida y no sabemos lo que nos espera fuera de aquí, si es que conseguimos escapar.

Ya pertrechados de aquella forma, se dedicaron a buscar la salida, sin encontrarla. De nuevo se les presentaba el problema de la evasión, que a cada avance se cerraba de nuevo a su paso, como si pretendiese aprisionarles para toda la vida.

Allí no existía trazas de puerta o escalera que les permitiese abandonar el laboratorio. Solamente unos cuantos armarios, al parecer empotrados en la piedra, se mostraban a sus ojos, rompiendo la monotonía de la lisa pared.

—Estamos como al principio— exclamó Regis— a menos que también aquí se muevan las piedras no hay forma de salir. Estaría bueno que esto fuese un coto cerrado.

Afanosamente se dedicaron a tantear los bloques, buscando uno

que girase como el anterior, pero sus esfuerzos fueron vanos.

Esta vez, el más afortunado fue Kao. Éste tuvo la inspiración de tirar con fuerza de uno de los armarios que encontró cerrado, y el mueble giró como una puerta, dejando al descubierto una nueva escalera.

—Menos mal— murmuró Regis, que ya empezaba a desesperar. —Vamos a tener que estudiar un curso de magia para adivinar las mil formas que existen en China para preparar trampas y salidas.

Alcanzaron la escalera, no sin antes volver a dejar el armario como estaba, y cuando terminaron el ascenso se encontraron dentro de un gran hueco de forma extraña. Parecía una campana alargada que se iba estrechando por la parte alta, no de forma simétrica sino con raros contornos interiores.

El profesor levantó la cabeza y murmuró:

—Que me aspen si no estamos en el hueco de una estatua. Toda la contextura de esta cárcel es de eso.

Aprovechando las desigualdades de la construcción, gateó por ella hasta alcanzar con grave exposición la parte más alta, y, al hacerlo, no pudo contener una exclamación de sorpresa.

—¡Maldición! —rugió—. Estamos dentro del templo. Éste es el Buda que preside este maldito antro.

Furioso y desalentado, descendió de nuevo, y por un momento los tres se miraron con desesperación.

—¿Qué hemos adelantado con todo esto? —preguntó Karus—. Estamos donde estábamos. En el supuesto de que esta maldita estatua tenga alguna salida misteriosa al templo, ¿qué podemos hacer para escapar, si hay que salir al patio para ganar la puerta, y esto estará lleno de monjes del infierno?

—Es cierto. Nos encontramos dentro de un círculo vicioso.

Kao, que escuchaba a sus protectores sin mediar en la conversación, intervino para decir:

—Kao tiene idea.

El profesor sonrió y preguntó:

—Habla, pequeño, tú eres un muchacho listo y a lo mejor te encuentras más despejado que nosotros.

—Hay que buscar, salida al templo. Luego, cerrar bien puertas para que no entren por ahí.

—¿Y qué adelantamos con eso? —preguntó Regis.

—Podemos subir a explanada. Quizá por allí...

Regis se dio una palmada en la frente, exclamando:

—¡Pues, claro!... ¡Qué bruto soy! No me acordaba que la explanada cae a la parte alta de la montaña. Kao, precioso; eres un pozo de sabiduría. ¡Manos a la obra!

Febrilmente se dedicaron a buscar la trampa que abría la estatua. Era indudable que quien ideó el pasadizo no dejaría éste sin salida, y lo seguro era que tuviese alguna.

Por fin lograron localizarla. Una de las piedras de basalto, que servían de pedestal al Buda, basculaba como a que comunicaba el pasadizo con la celda del Gran Sacerdote, y pronto se hallaron en el templo.

Avanzaban con sigilo para alcanzar la puerta e incomunicar el patio, cuando un grupo de monjes, que debían estar requisando el monasterio, ante el temor de que encontrasen el modo de burlar su asedio, les descubrió, y lanzando feroces alaridos, corrió hacia ellos con ánimo de apresarlos.

Regis soltó una terrible maldición, y empuñando el revólver con ira gritó:

—¡Fuego! ¡Fuego sin misericordia! Si no les barremos de aquí nada podremos conseguir.

Tres detonaciones vibraron, haciendo rebotar el eco por las altas paredes del frío templo, y tres monjes rodaron sobre las losas emitiendo rugidos de dolor.

Pero como si aquello hubiese sido un clarín de guerra, un compacto grupo acudió a los estampidos, y por la puerta empezaron a surgir enemigos en una proporción aterradora.

Los tres aventureros se dieron pronto cuenta clara de que no podrían vencer aquella masa humana, por muy rápidos que fuesen disparando, y una angustia infinita se apoderó de ellos.

Pero, retrocediendo para distanciarse todo lo posible del aluvión que se les venía encima, continuaron disparando sobre el rugiente grupo, y sin precisar puntería, cada disparo era una víctima que caía al suelo.

Kao, que se escudaba tras de Regis, disparando fríamente, volvió la cabeza hacia atrás y tuvo una inspiración.

—¡A la puerta de la escalerilla! —gritó—. Tengo la llave y si alcanzamos escalera podemos cerrar...

Regis, dándose cuenta de la ventaja de la proposición, ordenó esperanzado:

—¡Pronto!... ¡Retrocedan y déjenme el paso libre! ¡Kao, la llave en la cerradura... voy enseguida!

El profesor y Kao retrocedieron alcanzando los primeros y estrechos escalones, y mientras Kao introducía la llave en la cerradura, Regis disparó todo el cargador sobre los enemigos, que le acosaban más de cerca para aliviar su situación y tener tiempo a retroceder, sin que alguno lograra hacerlo con él.

De un salto fantástico se introdujo en el hueco, y entre los tres cerraron la puerta, sujetándola con el peso de sus cuerpos, en tanto Kao lograba cerrar dando vuelta a la llave.

Un aluvión de terribles golpes cayó sobre el obstáculo, pero ya era tarde. Los tres aventureros habían logrado crear un nuevo valladar entre ellos y sus perseguidores.

A todo correr ganaron la plataforma. No estaban muy convencidos de que aquel paréntesis pudiera durar mucho, pues igual que habían conseguido forzar la puerta de la celda de King, lograrían con más facilidad derribar aquélla.

Ya en la plataforma, se detuvieron jadeantes. La lucha, el peligro, la incertidumbre de lo que podía sucederles de allí en adelante, les había dejado un tanto agotados.

En el pozo, los terribles «deggs» rugían como demonios, excitando los nervios de los fugitivos, y Regis tuvo un momento en que tomo el revólver, decidido a acabar con ellos a tiros para evitarse aquel concierto espeluznante.

Pero, pensándolo mejor, desistió. No merecía perder el tiempo ni gastar las municiones que podían serles más preciosas, deshaciéndose de aquellos animales que en su encierro resultaban inofensivos para ellos.

—Bien— exclamó el profesor. —¿Y ahora?

—Ahora voy a echar un vistazo por aquí para reconocer esto y ver qué posibilidades de escape nos brinda. Vigilen la escalerilla y disparen sin compasión si logran subir por ella.

El profesor y Kao prepararon sus revólveres, colocando

municiones al alcance de su mano, y con el corazón oprimido por la angustia, se dedicaron a cuidar de la escalera, en tanto que Regis verificaba su requisa.

La estrecha explanada que bordeaba el horrendo pozo se prolongaba a su izquierda hasta morir en una pronunciada rampa que descendía hasta otra explanada, más ancha y tosca, labrada en la roca viva sobre el mismo borde de la montaña.

A la derecha de la rampa, entre la explanada y el pozo, se abría un hueco, formado por la montaña, de una altura de unos cuatro metros, y este hueco se descendía por una escalera labrada en la misma roca.

Regis se asomó, y pronto pudo comprobar que aquélla era la bajada al pozo, donde los «deggs» tenían su encierro. Abajo se veía la puerta de la horrible jaula, que se abría desde la parte superior, tirando de dos soportes que permitían elevarla, sin exposición a ser devorado por ellos.

Como no le interesaban los perros, descendió hasta el final de la rampa y recorrió la explanada.

Ésta, bastante espaciosa, tocaba con la parte alta y posterior del monasterio. Se trataba de un contrafuerte elevado, junto al que descansaba el edificio, como si se buscara su protección por la espalda. Desde allí abarcaba todo el ciclópeo muro del monasterio, casi rozando el contrafuerte.

Por la parte contraria, moría en una profundísima sima, que hendía la montaña por aquel lado. Más de cuatro metros de abismo separaban la explanada de la continuación de la ingente montaña, y por más que requiso a todo lo largo, no pudo encontrar un paso que le permitiera salvar aquella horrible sima y cruzar al otro lado para dejar atrás aquel horrible antro, donde la muerte estaba jugando con ellos como el gato juego con el ratón.

Un sudor frío inundó la frente de Regis al comprobar que continuaban tan prisioneros como antes. No había atleta capaz de salvar aquel vacío aterrador, y de nuevo se encomiaron encerrados en una trampa.

Con desesperación estudiaba el terreno, ideando mil planes, a cual más descabellado para cruzar aquel insuperable obstáculo, pero ninguno de los que se le ocurrían resultaba viable.

Algo, sin embargo, llamó su atención, obligándole a fijarse en ello con insistencia. En el borde de la explanada se erguían varias recias estacas, terminadas en punta muy aguda, y algunas tenían unos garfios impresionantes clavados en el remate.

Regis no dudó en reconocer el uso de aquellos postes. Se trataban de instrumentos de tortura, destinados unos a empalar, y otros a engarfiar a las víctimas.

Metidos en hoyos abiertos a fuerza de pico, y bien trabada la trama que les permitía mantenerse erguidos, su resistencia era enorme y ningún condenado se sentiría capaz de moverles de su alvéolo por muy enérgicas que resultasen sus reacciones en sus horas agónicas.

Enfrente, al otro lado de la misma, crecían algunos árboles centenarios que se aferraban al borde de la grieta, como alpinistas temerosos de caer al precipicio, y aquello era todo cuanto se desarrollaba a su vista.

Pero, con ser poco, la atrevida fantasía del bravo criado encontró tema suficiente para intentar la fuga, aunque no ignoraba que sería en exceso peligrosa, y que además dependía del tiempo que los monjes tardasen en echar la puerta abajo.

Nervioso, se apresuró a regresar junto a sus compañeros que, devorados por la impaciencia, juzgaban su tardanza superior a lo que en realidad había sido.

—¿Nada? —preguntó el profesor, examinando atentamente el rostro de su criado, en el que leía como en un libro abierto.

—No sé; si no es nada lo que hay, es muy poco.

Rápidamente dio cuenta de sus observaciones y aludió a las estacas descubiertas.

—Y bien, ¿cuál es tu plan? —fue la pregunta de Karus.

—Uno muy descabellado; poder cruzar algunas de estas cuerdas que traemos sobre la sima, y pasar por ella como los acróbatas para salvar la cortada.

—¿Tú lo crees factible? Lo de menos es el peligro a correr. Lo más importante es la posibilidad de tenderlas.

—Podemos intentarlos. Entienda que o eso o nada.

—Pues vamos allá.

Dejaron a Kao al cuidado de la escalera, con orden de disparar al

menor asomo de peligro, para que les diese tiempo a acudir en su ayuda, y se trasladaron a la explanada, donde el profesor estudió el terreno serenamente. El proyecto de Regis era temerario, pero pronto sacó la convicción de que no había otro.

—Bien— dijo— la cuestión está en poder fijar las cuerdas al otro lado. ¿Cómo lo conseguimos?

—Ya he estado estudiándolo— afirmó Regis. —¿Ve usted aquel tronco que car frente a este poste? Está pelado de ramas, sin duda porque algún rayo ha debido segarle por la mitad. Ése es el ideal para la prueba. Si logro echarle un lazo y acertar a introducirlo en el tronco, lo demás no tiene importancia.

—Bueno, pues intentemos la prueba. No hay otra, y si nos sale bien, creeré que Dios se ha propuesto no dejarnos de su mano.

Regis deslió la cuerda que llevaba atada alrededor de la cintura y el profesor hizo lo propio. Si una no daba la largura suficiente, empalmarían las dos, aunque este empalme aumentase el peligro, pues podría desunirse en el momento más crítico de iniciar el paso.

Regis calculó la medida de las cuerdas y quedó satisfecho. Si la vista no le encañaba, cada una poseía un largo superior al que les separaba del otro lado.

Para convencerse mejor, sujetó un cabo a uno de los postes y tiró la cuerda al otro lado. Esta dio en el borde de la cortada y se deslizó hacia abajo, quedando tensa.

—Bien— dijo— si consigo enganchar una habrá suficiente, aunque no estoy muy seguro de su resistencia. Tengo otra idea y voy a ponerla en acción, pero antes eche un vistazo a la puerta a ver como llevan esos sapos la tarea de derribarla.

El profesor cruzó la explanada y llegó hasta la escalerilla donde Kao con el revólver en la mano, tenía sus agudos ojos clavados en la subida. Desde el otro lado, llegaba el rumor sordo de los golpes y Karus calculó que estaban empleando alguna viga para derribarla.

—Malo —murmuró me parece que no tardarán mucho en conseguir su propósito.

Dio cuenta de sus observaciones a Regis, y éste, que habia recobrado su sangre fría, asintió.

Rápidamente se dedicó a coger en lo largo de la cuerda unos pequeños nudos a cada veinticinco centímetros aproximadamente,

formando unas lazadas con unos pequeños huecos que permitirían meter las manos por ellas.

—¿Para qué pierdes el tiempo en eso? —preguntó el profesor, nervioso.

—No pierdo tiempo ninguno. Si la cuerda se rompiese por alguno de sus extremos al pasar, iríamos a parar al abismo, así, siuviésemos esa desgracia, al que le suceda la catástrofe tiene una posibilidad de salvación si le coge con las manos aferradas a estos soportes. Quedaría colgando del trozo de cuerda y podríamos izarle desde el otro lado.

—Estás en todo, Regis, pero me parece que estamos poniendo en acción el cuento de la lechera. Aún no hemos tendido el puente y ya pensamos en haberle pasado.

—No sea agorero, profesor. Confío en nuestro sino.

Karus le ayudó a rematar la tarea y cuando ésta estuvo concluida, aunque la cuerda había mermado con las lazadas aún parecía lo suficientemente larga para abarcar de un extremo a otro la sima.

Regis no había practicado en su vida el noble arte de los « cow-boys

» y por ello, sus habilidades manejando el lazo permanecían inéditas, pero poseía habilidad para todo, tesón y un buen golpe de vista.

Tomó la cuerda emocionado, y después de hacer con ellos unos grandes círculos que le permitieran moverla sin grandes trabas, la lanzó al vacío, tomando como punto de tiro el erguido y pelado tronco.

Por tres veces realizó el intento, pero las tres falló.

La cuerda rozó el árbol al caer, pero le fue imposible acertar a introducir la lazada en él.

A cada prueba, su nerviosismo era mayor y el profesor, que presenciaba sus esfuerzos con el corazón lleno de angustia, observaba que a cada intento se distanciaba más de acertar a sujetar la cuerda.

—Estás nervioso, Regis —dijo—. Déjame a mí que lo intente también. Entre los dos, alguno podemos acertar.

—Tome —murmuró el criado con los ojos brillantes—. Tan fácil

que me pareció a mí esto cuando lo presencié en el circo y tan difícil como es en la práctica.

El profesor probó fortuna con el mismo resultado. La cuerda parecía burlarse de ellos y aunque siempre rozaba el árbol, jamás atinaba a enlazarlo.

El tiempo transcurría veloz y el peligro aumentaba a cada minuto, pero nada más podían intentar para salvarse de él.

Renunciando a la prueba, el profesor buscó una última solución.

—¿Por qué no hacemos que pruebe Kao? Tiene menos nervios que nosotros y a lo mejor...

Desesperanzados, volvieron a la escalerilla donde el chino estoico, pero inquieto, seguía con profunda atención los ruidos exteriores.

—Honorable profesor; monjes no tardarán en tirar puerta— dijo.
—He bajado un poco y se mueve.

Regis lanzó una maldición y tras un momento de duda, dijo resuelto:

—Esperen; voy a ver si les calmo un poco los ímpetus.

Descendió la escalerilla suavemente y cuando se encontró frente a la puerta, apretó el gatillo del revólver y disparó a través de los tallados tablones. A pesar del espesor de éstos, los proyectiles cruzaron al lado opuesto y dos gritos salvajes le advirtieron que había conseguido hacer blanco.

Sonriendo con humorismo, a pesar de su situación, murmuró:

—Bien, me parece que voy a retrasar un poco sus deseos. Hagan el favor de volver a la explanada y yo me encargaré de estos sapos. Avísenme si consiguen algo.

Quedó al cuidado de la escalera, dispuesto a entorpecer la labor de los monjes disparando a intervalos sobre la puerta y el profesor, seguido de Kao, regresaron a la cortada.

Karus le explicó el proyecto que tenían y señalando la cuerda, preguntó:

—¿Te crees capaz de enlazarla al árbol aquél? Ten en cuenta que de ello depende nuestras vidas.

Kao sonrió de un modo infantil, afirmando:

—Kao hará posibles por lograr deseo de profesor. Kao tiene habilidad; todos los chinos tienen habilidad para juegos de

equilibrio. Kao sabe algunas cosas difíciles y verá si sabe ésta también.

El audaz chinito tomó la cuerda y tras tantear su peso, la recogió en varios anillos y la lanzó al espacio. Como sus amigos, rozó el árbol sin lograr aprisionarlo, pero no se desilusionó por ello.

—Kao necesita tantear— se excusó diciendo. —Cosa no fácil de hacer.

Por tres veces lanzó la cuerda y la última, casi logró introducir el lazo en el tronco, pero su esfuerzo hasta aquel momento resultó estéril.

—¡Ya, ya! —dijo alegremente—. Vea profesor, vea como Kao logrará idea de honorable señor Regis.

En efecto, por dos veces más arrojó el lazo y a la segunda, ambos observaron con inmensa alegría que aquél había quedado sujeto al árbol por su parte media.

Con habilidad movió la cuerda para aflojar un poco la lazada hasta conseguir que el lazo descendiese a flor de tierra y entonces, ante el temor de perder el otro cabo, lo ataron sólidamente a uno de los postes de tortura. Hasta ellos llegaban los disparos de Regis cada vez más rápidos, lo que indicaba que la tarea de derribar la puerta amenazaba con cumplirse prontamente.

A todo correr, Kao cruzó la explanada y asomándose a la escalerilla, gritó:

—Venga, honorable señor Regis; lazo quedó sujeto a árbol.

El criado, loco de alegría al oír la noticia, disparó los seis tiros del revólver uno tras otro y de un salto alcanzó la explanada abrazando al chino:

—Gracias, pequeño; eres un estuche de monerías. Vamos, que esto se pone al rojo. La puerta no resistirá más de cinco minutos.

De varios saltos alcanzó el borde de la sima y tras echar un vistazo a la cuerda y quedar satisfecho, de la forma en que había sido atada al poste, preguntó al chino:

—¿Tienes miedo a pasar por ella?

Kao le miró dignamente y repuso:

—Kao no tiene miedo a nada que honorables señores no teman. Kao pasará como todos.

—Perfectamente. En ese caso, tú pasarás el primero. La cuerda

parece sólida, pero como tú eres el que menos pesa, serás el que corras menos peligro. Para evitar que nosotros lo corramos, te ataré a la cintura esta otra y sujetaré el cabo desde aquí. Si no sucede nada y pasas bien, atarás esta otra cuerda al árbol y así, reforzaremos el puente para cruzar nosotros y si se rompiese, yo te sujetaría con esta otra y te traería de nuevo aquí, aunque se va a estar peor que en un nido de tiburones no pasando mucho rato.

Kao, decidido, se sentó al borde de la sima, aferró con sus manos la primera lazada de la cuerda y se dejó colgar en el vacío, empezando su avance lentamente a través de las lazadas.

El profesor y Regis seguían con mirada angustiada el avance del muchacho. Éste, a pesar de todo su valor, no podía substraerse a la atracción del abismo y se le veía vacilar antes de soltar una lazada para aferrarse a la siguiente.

El criado, temiendo que no le diese tiempo a seguirle, suplicó:

—¡Por Dios, Kao, no mires abajo y procura darte toda la prisa posible. La vida de todos depende de la rapidez que empleemos en cruzar.

El muchacho, dominando su miedo, siguió el consejo y sin mirar hacia abajo, continuó ganando espacio con más rapidez.

Por fin llegó al borde contrario de la cortada y con una flexión violenta, consiguió elevarse a tierra firme, donde quedó tendido con los nervios deshechos.

Pero reaccionando rápidamente, se apresuró a atar la nueva cuerda al tronco para reforzar el puente y que sus amigos cruzasen con más seguridad.

Regis aseguró el otro cabo al poste y dirigiéndose al profesor, ordenó más que suplicó:

—Vamos, señor Karus, no lo piense más. Ahora usted.

El profesor trató de protestar, pero unos alaridos que llegaron claramente hasta él, le anunciaron que los tenaces monjes habían logrado por fin forzar la puerta.

Regis corrió hacia la escalerilla, gritando:

—Voy a tratar de retrasar su avance hasta que usted cruce. Avíseme con un disparo cuando esté al otro lado.



Dos asaltantes heridos de muerte se desplomaron...

No había nada más que discutir. El profesor se decidió a pasar y Regis, armado de revólver, alcanzó la parte alta de la escalerilla, dispuesto a recibir a tiros a los primeros asaltantes.

La estrechez de la escalera facilitaba su defensa. El caracol que formaba era difícil de salvar ante una defensa decidida y Regis sabía esto.

Dominando sus nervios, esperó y cuando vio aparecer a los primeros en la última espiral, disparó a boca de jarro sobre ellos. Dos asaltantes, heridos de muerte, se desplomaron sobre los que les seguían, arrastrándoles en su caída.

Docenas de inhumanos y salvajes alaridos brotaron del final de la escalerilla al recibir el mortífero fuego del brazo del criado, y éste, sonriendo siniestramente, gritó:

—¿No os gusta el plomo, ratas sarnosas? Pues vais a digerir unos kilos, como me llamo Regis.

Por un momento, pareció que los monjes vacilaban en continuar la ascensión, pero varios más audaces, se lanzaron escaleras arriba, tratando de irrumpir en masa en la explanada donde se encontrarían más holgados para pelear.

Regis volvió a disparar certeramente y otros dos asaltantes

cayeron sobre sus compañeros, pero éstos, sin retroceder, saltaban sobre los cuerpos de los caídos, intentando salvar aquel paso mortal.

Su defensor disparaba con rabia sobre todo cuanto adquiría movimiento a sus ojos, pero se preguntaba cómo podría salvar ahora la sima cuando dejase de obstruir la escalera con sus disparos.

Por fin, una detonación cercana le advirtió que el profesor había cruzado sin novedad. Ahora le tocaba decidir su suerte y de su audacia y velocidad dependía el éxito.

Cargó de nuevo el revólver, avanzó heroicamente hasta el mismo borde de la escalera, casi rozando a sus enemigos y uno tras otro disparó los seis tiros sobre los que se encontraban en la parte más alta, sembrando la muerte y la confusión en sus filas.

Seis cuerpos cayeron en el hueco obstruyéndole y Regis, que no buscaba otra cosa, echó a correr desesperadamente hacia la explanada, para aprovechar el tiempo que tardasen en desembarazarse de los heridos y dejar libre la salida.



Illegible text, likely a signature or title.

Al llegar a la rampa, tuvo una súbita inspiración. No sabía si iba a servir de algo, pero la pondría en práctica con tal de crear las mayores dificultades a aquellos fanáticos y procurarles toda clase de peligros.

Cruzó audazmente sobre el reborde del pozo, asió las palancas que movían la puerta de la jaula de los «deggs» y levantó la compuerta. Luego, a todo correr, llegó a la explanada y asiéndose a

las cuerdas, gritó:

—¡Atención! Me vienen rozando los talones. Disparen sin descanso para, evitar que se acerque alguno a la cuerda o estoy perdido.

Karus y el chino se tumbaron en tierra, empuñaron los revólveres y apoyando el codo en la peña para fijar mejor la puntería y aguardaron con el corazón en la boca. Regis, sin vacilar, se dejó colgar del abismo, afianzándose a ambas cuerdas. Se sabía más pesado que sus compañeros y trataba de evitar un accidente en lo que de él dependiese.

La cuerda cedía terriblemente a su peso, formando un trágico columpio que parecía amenazar con partirse a cada avance y el profesor le seguía con los ojos desorbitados, temiendo verle desplomarse en el fondo de un momento a otro.

Cuando apenas había alcanzado mitad del camino, aparecieron en la explanada los primeros monjes. No portaban armas de fuego, pero sí agudos y afilados cuchillos que esgrimían ferazmente.

Pronto se dieron cuenta de la estratagema empleada por los fugitivos para la huida y como lobos, se lanzaron hacia la cuerda con intención de cruzar también por ella, alcanzando a Regis en su fuga.

Pero un huracán de plomo barrió a los primeros que lo intentaron. Los revólveres de Karus y Kao cubrían la retirada y ambos disparaban poniendo en cada bala toda el ansia de destrucción que les animaba.

Pero a los que caían substituían otros ciegos de ira y la masa consiguió acercarse al borde de la sima.

Varios cuchillos lanzados con furor, buscaron el cuerpo de Regis, que se balanceaba siniestramente en el vado, no alcanzándole por milagro, mientras otro, arrastrándose para evitar los disparos, se acercaba peligrosamente a las cuerdas con ánimo de cortarlas.

Sirviéndose de escudo con el cuerpo de uno de sus compañeros caídos, se arrastraba hasta el borde mientras el resto dirigía ahora sus cuchillos al profesor y a Kao, tratando de eliminarles antes de que Regis pudiese cruzar y ponerse todos a salvo.

Los dos audaces aventureros, pegados al suelo, sentían silbar las mortíferas armas alrededor suyo, pero estaban dispuestos a morir

peleando antes que dejar abandonado a su intrépido compañero.

Por fin, el que se arrastraba al borde de la cortada, consiguió acercarse a las cuerdas y empezó a trabajar sobre ellas con su afilado cuchillo. Regis adivinó lo que sucedía al notar en sus pulsos la acción de sierra del corte y rugió:

—¡Por amor de Dios, profesor, están cortando las cuerdas! ¡Mate a ese monstruo o me iré al fondo!



...una lucha feroz se entabló entre los monjes y los "deggs"...

Karus trató de localizar a tan mortal enemigo y dirigió sus tiros bajos consiguiendo alcanzarle, pero cuando lo logró ya era tarde.

Las dos cuerdas, segadas de dos agudos tajos, se partieron junto al poste y el cuerpo de Regis se proyectó sobre la pared rocosa, quedando colgado de la cuerda por haber tenido la precaución de aferrar sus manos a las protectoras lazadas.

Un grito de triunfo brotó de las gargantas de los más cercanos a la sima, seguido como un eco por otro de terror de los que se encontraban a retaguardia.

El profesor y Kao, a pesar de la angustia que les dominaba al observar en inminente peligro a su fiel compañero, desviaron la

vista de la sima para mirar a la explanada y un escalofrío de terror recorrió sus medulas.

En ella había hecho su aparición una docena de perrazos terribles, con los ojos rojizos, el pelo erecto y los huesos casi saliéndoseles a través de la piel y los feroces animales, devorados por el hambre, se lanzaron sobre la masa de enemigos atacándoles con fiereza y destrozándoles con sus terribles colmillos.

Una lucha feroz se entabló entre los monjes y los «deggs». Aquéllos defendían sus vidas a cuchilladas tratando de ganar la escalerilla y huir, mientras los feroces animales saltaban sobre ellos como tigres, diezmando sus filas y sembrando la muerte y el espanto.

Pronto la marea humana reflujo hacia atrás, buscando la escalerilla. Los más afortunados consiguieron alcanzarla y ponerse a salvo, pero el resto, acorralado, impotente para abrirse paso a través de la jauría, iba cayendo uno a uno en medio de alaridos impresionantes y gritos de agonía.



El Dragón de Fuego

El Tibet es una de las regiones más misteriosa e inaccesibles de la tierra. Situado en alturas impresionantes, entre el monte Pamir —llamado el "techo del mundo"— y el Himalaya, cuya cima aún no ha sido conquistada, es feudo de una organización fanática, cuya religión, el "lamismo", absorbe en China un enorme porcentaje de adeptos.

El monasterio de Lhasa, donde reside Dalai-Lama, la más suprema autoridad de la secta, es un recinto misterioso, sima de ciencia, crueldad y tesoros. Recinto amurallado, tallado en granito en la cima de una ingente montaña, su seno está vedado no solamente a los extranjeros, sino a los naturales del país, y el extraño que ose intentar asomar sus ojos a través del celaje misterioso que lo envuelve, tiene pena de muerte cruel y despiadada. Sus fiestas religiosas son salvajes e impresionantes. Se sacrifican seres humanos para ahuyentar el Espíritu del Mal. Actúan con fervor los magos que libran a los endemoniados de los espíritus malignos que les atormentan extrañándose del cuerpo con exorcismos y pantomimas alucinantes; se arrojan a los buitres sagrados los

cuerpos de los Lamas para que con ellos viajen hasta las regiones celestes y se sepultan sus cenizas en los lagos con una extraña ceremonia funeral y los castigos que se aplican a los intrépidos que faltan a sus reglas o tratan de violar sus secretos, son algo tan salvajemente brutal, cruel y refinado, que escapa a la concepción de toda mentalidad europea.

Todo esto lo encontrará el lector auténtica y fielmente recogido en la emocionante novela

"EL DRAGON DE FUEGO"

de la que es autor el popular escritor FIDEL PRADO, cuyas novelas de aventuras tanto éxito obtienen entre nuestro público.

Los personajes de esta apasionante novela, el profesor KARUS, su criado REGIS, el simpático chinito KAO y el terrible Jefe de "El dragón de fuego", Wang-Cheng, son figuras que jamás pueden olvidarse por su personalidad, atracción, osadía, heroísmo o maldad.

"EL DRAGON DE FUEGO"

es la más apasionante novela de actualidad y ningún lector amante de las emociones fuertes debe dejar de adquirirla.

TITULOS PUBLICADOS:

El manuscrito del lama. La legión amarilla. El misterio del templo azul. En las garras del monstruo. El desierto dorado. La carrera de la muerte. El junco de los apestados. El gran sacerdote mogol. Huida trágica. La montaña maldita. Los ojos del Buda. El monasterio tenebroso.



Fidel Prado Duque

(1891-1970)

, escritor español, conocido tanto por sus novelas del oeste (algunas de ellas, escritas con el pseudónimo de F. P. Duke), como por sus relatos de acción y aventura —como es el caso de la saga de «El Dragón de Fuego».

Autor de letras de cuplés, una de las cuales alcanzó enorme relevancia: El novio de la muerte, cantada por la célebre Lola Montes, impresionó tanta a los mandos militares que, una vez transformada su música y ritmo fue usada como himno de la legión.

Fue periodista y tenía una columna El Heraldo de Madrid titulada «Calendario de Talia»; biógrafo, guionista de historietas, escritor de novela popular, recaló como novelista a destajo en la «novela de a duro».